

NUEVAS TECNOLOGÍAS E IDENTIDAD HUMANA

Hoy en día, en la mayor parte del planeta, pensando a gran escala, y en cada hogar, si pensamos en nuestra vida cotidiana, estamos rodeados de máquinas, de robots. Ellos calientan la comida, o por el contrario la enfrían, recogen las migas de pan que se caen de la mesa a la hora de comer, nos ayudan a encontrar cualquier tipo de información en la red y nunca nos planteamos lo deslumbrantemente rápido que crece este mundo paralelo al humano. Esto quiere decir que estamos tan fascinados con cada nuevo aparato que nos deja más tiempo libre, que no nos paramos por un momento a pensar: ¿y si ese trabajo, que me parece tan duro, es lo que en realidad tengo que hacer? Esta pregunta es la raíz por la que empecé a buscar una respuesta concisa.

Cada día nos pasamos horas y horas en la red, sumergidos en un mundo que no es real, que está detrás de una pantalla y que funciona mediante complejas series de numeraciones que muy pocos matemáticos llegan a comprender. ¿Y por qué? ¿Qué hay de fascinante en este mundo? Lo que encontramos es opiniones, nuevas noticias que han sucedido hace muy poco tiempo en la otra punta del mundo, artículos o blogs de nuestro agrado... Pero lo que creo firmemente que nos lleva a conectarnos a la red es la sensación de compañía que nos proporciona. Podemos conseguir hablar con una persona que está en Australia estando nosotros en España con unos pocos clics. Poniendo un ejemplo, los youtubers son personas que se graban enfrente de una cámara y que si nadie los viese no tendría ningún sentido hablarle a una cámara. Yo sigo a unos cuantos porque siento que esa persona está (aunque detrás de una pantalla) acompañándonos cuando necesitamos que alguien nos levante el ánimo o, simplemente, reírnos un rato. Por eso es por lo que cuando vas por la calle y ves a cualquier persona pegada al móvil, entiendes que hay otra persona al otro lado de esa pantalla.

Por otro lado, este incesante vicio solo provoca una cosa: que estemos tan preocupados por la otra persona detrás de la pantalla que nos olvidemos de la verdadera realidad. Y aquí es cuando entra la pérdida de tu identidad. En el mundo cibernético queremos agradar, caer bien, destacar en muchas cosas, que nos conozcan por subir las mejores fotos o escribir los mejores tuits... Mas, ¿qué sucede cuando quieres agradar a todos? Que pierdes tu personalidad, te olvidas por completo de tus gustos y te centras de lleno en que la otra persona diga: “¡vaya, tienes una personalidad increíble!” Cuando en verdad estás dejando de lado quién eres para engordar la lista de los seguidores de tu

cuenta. Lo que me lleva a la siguiente cuestión: ¿Quiénes somos en la red? ¿Personas que intentan agradar a otras personas? ¿Números que se esconden por miedo a ser encontrados? En mi opinión, yo soy un código de números que navega por la red siempre y cuando la necesita o tiene tiempo libre. Ya sea para buscar un libro nuevo que leer, comprar algún regalo, encontrar blogs que me fascinen o entrar en una red social para ver qué ha sucedido en el mundo mientras yo no estaba, digamos, presente. Citando una frase que dijo una vez Alex Puértolas (un youtuber español): “no soy feliz porque la presión social no me deja serlo”, llego a otro tema que enlaza con esta obsesión de agradar. Si ya antes, cuando no existía Internet, el propio ser humano quería encajar en la sociedad, ahora se ha llegado a un extremo que tenemos que controlar porque, como he escrito antes, la obsesión de agradar en la red es a una gran escala que ni podemos imaginarla y, a veces, esa presión por el afán de encajar hace que nos perdamos a nosotros mismos.

Debido a esto, una pregunta se formuló en mi mente: ¿es la tecnología un mecanismo evolutivo? Albert Einstein ya tuvo algo que decir respecto a este tema: “Temo el día en que la tecnología sobrepase nuestra humanidad. El mundo solo tendrá una generación de idiotas.” Leyendo lo que, hace un siglo, expresó uno de los mayores científicos de la historia de la ciencia, ¿cómo no podría estar más de acuerdo? Día a día me encuentro con amigos que salen conmigo a dar una vuelta y lo único que hacen es estar sentados a mi lado con el móvil en la mano, o lo que es todavía peor, escucho cómo amigas mías tienen la necesidad de que ese llamado tic azul en WhatsApp no aparezca en sus conversaciones porque si no ese tic querrá decir que la otra persona las ignora. Incluso hay parejas que necesitan una pantalla para poder ser sinceros el uno con el otro. ¿En qué momento el cálido calor humano, el sonido de las palabras, las expresiones de un rostro o la valentía que hay que tener para pedirle a alguien cara a cara que te dé una oportunidad son algo que no está de moda? Somos una sociedad en la que estamos tan ensimismados en lo que pasa dentro de un mundo irreal, que no nos damos cuenta de que sobreutilizamos estos mecanismos para alejarnos más y más de las personas en el mundo real.

Otro punto importante es si los robots podrán algún día llegar a ser como las personas. Desde mi punto de vista, sí, porque ya se están consiguiendo avances muy importantes en este campo tecnológico como robots que hablan contigo si necesitas algo o copias de los rasgos humanos realmente perfectas. Pero todavía no hemos llegado al momento en

el cual se pueda construir un cerebro como el humano, y esto es así porque nosotros mismos no tenemos suficientes referencias de nuestro cerebro. Es uno de los órganos más increíbles de toda nuestra constitución y es, al mismo tiempo, uno órgano del cual no conocemos casi nada. Por lo que sí, creo que podrán ser como las personas, pero todavía queda un largo camino que recorrer.

Cuando di respuesta a esta pregunta, otra me asaltó: ¿puede vivir una máquina? Si con vivir, nos referimos al proceso humano que empieza con los latidos de nuestro corazón y acaba con la parálisis de los latidos del mismo (hablando materialmente), pero en alguna parte sigue existiendo (hablando inmaterialmente), no estoy segura de que una máquina pueda llegar a sentir como nosotros. Si es verdad que en la ciencia ficción ya hay películas que lo han conseguido como “Un hombre bicentenario” pero, en la realidad, no creo que pueda suceder porque la unidad que nos convierte en seres humanos es tan difícil de reproducir en un ser inerte que, al menos de momento, solo es ficción.

Ahora bien, si con vivir nos referimos al proceso de aparecer y desaparecer de este mundo sin dejar huella, las máquinas lo hacen constantemente. Quizás con la ayuda y supervisión humana, pero gracias a nosotros una máquina puede arreglarse, o bien, no hay forma posible de reactivarla y debemos tirarla. Si la definición de vivir es la citada, sí, claro que las máquinas pueden vivir.

Uno de los puntos que me ha llamado la atención cuando he reflexionado es que teniendo tanta información a nuestra disposición muy poca gente (o casi nadie) tiene la brillante idea de conocer la historia que nos ha llevado a este momento, los sucesos que no han sido hace tantos años como creemos. ¿Por qué no nos interesamos en que hace 84 años se consiguió el voto femenino? ¿Por qué no conseguimos ver la importancia en la actualidad de la dictadura de Franco? Porque estamos tan absortos en nuestra propia tecnología, en nuestra propia vida, que saber más no es necesario. ¿Para qué voy a saber algo que con dos clics lo encuentro en Internet? Debido a este pensamiento, a mi modo de ver, pensado por aquellos que no deberían darse cuenta de que si hacemos eso, o que estamos consiguiendo es perder nuestra identidad porque “un pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla”, tal y como el filósofo Confucio señaló. Y es que no hay más que ver la televisión para darnos cuenta de que seguimos igual que hace un siglo en cuanto a injusticias por parte de la clase alta se refiere.

Llegado este punto y, en resumen, nuestra identidad está en proceso de extinción debido a nuestro afán de perdernos en un mundo cibernético y de agradar a todas y cada una de las personas que hay detrás de una pantalla. Mientras que el mundo cibernético, cada vez tiene más y más avances como la imitación del cuerpo humano exteriormente o la gran cantidad de tejidos y complejos chips que necesita un robot para parecerse a nosotros. El mundo real, parece que sufre una involución porque ya nadie puede vivir ni tan siquiera una hora sin su móvil u ordenador. En vez de avanzar en las relaciones humanas, siento que somos esclavos de la tecnología y todavía más los nativos digitales, a los que somos nosotros los que tenemos que enseñar el uso adecuado de la tecnología, algo que no es posible ya que ni siquiera nosotros sabemos cómo usarla adecuadamente.

Para finalizar, a mi parecer debería haber un cambio en cuanto a nosotros, los humanos, en lo que se refiere a la utilización de las tecnologías ya que se está creando una necesidad de las mismas en las nuevas generaciones que es totalmente innecesaria. Los jóvenes disfrutarían más en la calle, estando con sus amigos y centrándose en crecer lo más felices posibles. No irrumpir su crecimiento con un aparato que, algunos padres no saben ni utilizar, exponiendo ideas que un joven no puede llegar a asimilar todavía.

VANESSA BENÉITEZ